

Ramiro Ledesma, filósofo Antonio Pinillos

Sólo por azar, sin buscarlo, ha venido a mis manos últimamente un libro publicado hace trece años. Sus páginas amarillean, lo cual no es extraño, pero ya lo es más el que estén casi todas ellas sin cortar. Al parecer, ninguno de sus anteriores y ocasionales poseedores se sintió animado a penetrar resueltamente en los arcanos de aquel no muy grande montón de papel impreso. ¿A qué se deberá esto? El autor es conocido: Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las J.O.N.S., triunviro de Falange Española de las J.O.N.S. a raíz de la fusión, separado más tarde del Movimiento por discrepancia de tipo personal y muerto el 29 de octubre del 36 haciendo frente con denuedo al pelotón de sus asesinos. Pues si la notoriedad del escritor es garantía de que no han de faltar lectores a su obra y aquélla no es escasa en ésta, habrá que atribuir exclusivamente al contenido del escrito la inapetencia de los lectores ante cuyos ojos ha pasado el volumen a lo largo de un decenio bien cumplido. En efecto, basta con resbalar la vista sobre la portada —*Escritos filosóficos*— para empezar a darse cuenta del porqué de la prolongada virginidad de las amarillentas hojas. Y basta con leer unos cuantos renglones de las páginas siguientes para acabar de obtener la evidencia de las causas del poco éxito alcanzado por la publicación. Se trata, desde luego, de filosofía, pero además de una filosofía en cuyo desentrañamiento se encuentran poquísimas ocasiones —si es que hay alguna— al placer que no sea intelectual. Escrito en una prosa erizada de términos técnicos, salpicado frecuentemente de citas en alemán, y todo él dedicado al estudio de temas especializados, no podía esperarse mucha mejor acogida a ese libro en un país como España, donde el infeliz estudiante de Filosofía es recibido por doquier —uno lo sabe por experiencia— evidentes muestras de conmiseración y no pequeño asombro.

Con plena conciencia de esta realidad, nos apresuramos a añadir que no es el propósito de este artículo llevar a cabo un análisis detenido del libro mencionado —labor que, por una parte, sería bastante anacrónica, dada la fecha de su edición, y, por otra, no menos problemática teniendo en cuenta la modesta preparación de quien esto escribe—, y sí sólo eslabonar unas cuantas consideraciones surgidas al leer las olvidadas y un poco polvorientas páginas de Ramiro.

* * *

Lo primero que haremos notar es el habernos encontrado con un Ramiro Ledesma cuya juvenil impetuosidad se trasparenta bajo el adusto y frío ceño del pensador. Esto no parece raro si se advierte que Ramiro redactó el total de los artículos, cuya recopilación constituye la obra, entre sus veintitrés y sus veintiséis años, cuando, al terminar sus estudios en la Facultad de Filosofía de Madrid, se volcaba animosamente en la tarea de colaborar con asiduidad en las publicaciones más selectas de su época: «Revista de Occidente», «La Gaceta Literaria», «El Sol». Ni que decir tiene que los trabajos del futuro creador del Nacionalindustrialismo no desmerecen en absoluto del esplendor de tan preclaras rúbricas. El mero hecho de su aparición bajo ellas lo acredita. No es, por tanto, en defectos de forma o fondo donde arraiga la nota juvenil a que acabamos de aludir. Es en la invencible seguridad de las afirmaciones que clava como jabalinas en sus páginas y, sobre todo, en el modo ingenuo de demostrar su admiración por la figura magistral de Ortega, que se trasluce en el uso inmoderado de vocablos como «acontecer» y «riguroso», tan predilectos de don José. Aclaremos que en tal admiración no se encuentra sólo Ramiro. Le acompañan los jóvenes intelectualmente más importantes de aquellos años, entre ellos el primero de todos: José Antonio Primo de Rivera.

La admiración no ocultada de Ramiro por Ortega no trasciende, sin embargo, del terreno filosófico al político, demostrando así la posibilidad de una discriminación inteligente entre los diversos valores de una individualidad. Desde luego es más cómoda la posición de rechazar «en bloque» la obra total del «heterodoxo», pero tal actitud de intransigencia

absoluta lleva siempre anejo un fondo de injusticia que, en buena ética, nos resulta mil veces más reprobable que el peligro que se trata de evitar. Ciertamente, las armas que proporciona el triunfo sobre el error no son las del temor mezquino y receloso, sino las de la sinceridad generosa y clara, capaz de reconocer y honrar las virtudes del adversario, tanto como de mantener la integridad de la propia doctrina por la fuerza de las evidencias que de ella emanan, y sin usar del recurso, siempre ruin, de poner mordazas en la boca ajena. (Mientras esto escribimos, nos asalta infatigable el pensamiento de que España, tan denostada siempre por el pecado de desprecio a sus figuras más eminentes, ¿no estará cometiéndolo una vez más con este hombre, equivocado a veces, si se quiere, pero siempre gran español, que se llama José Ortega y Gasset?).

Es muy notable la diversidad de actitudes tomadas frente al quehacer político por el maestro —Ortega— y el discípulo —Ledesma—. Aquél intenta ignorar el hecho contemporáneo —certeramente, por lo demás, diagnosticado por él mismo— de la subversión de las masas propugnando el establecimiento de un régimen «de profesores» en que una minoría selecta marcara el ritmo sosegado y culto de un minué liberal. La viabilidad de tal pretensión era nula desde un principio y el no haberlo previsto así fue el error inicial de Ortega, tanto más indiscutible cuanto que se debe al desconocimiento de las premisas descubiertas por él con genial perspicacia. El otro error, y de responsabilidad más grave, es el de su abandono de la brecha política al percatarse de que las masas, en su avalancha han convertido en «perfil agrio» la silueta clásica de la República a que él aspiraba. Este otro error es el que proporciona ocasión a José Antonio para su «reproche», mezclado de «homenaje», a don José. Los falangistas tenemos que reparar bien en que José Antonio no reprocha a Ortega el que hubiera contribuido decisivamente a derribar la Monarquía —lo cual parece ser hoy, en la opinión de ciertos detractores, el principal y casi único motivo de censura—, sino el que se hubiera impuesto silencio a sí mismo cuando «no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando».

Ramiro, por su parte, no olvida en ningún momento lo aprendido en las páginas orteguianas: el hecho de las masas interviniendo arrolladoramente en política. Por ello, toda su construcción doctrinal está orientada de cara a ese dato inevitable, contando con él y procurando encauzar en un orden armónico las fuerzas enormes cuyo desbordamiento constituye la amenaza más grave para la misma civilización que las ha hecho posibles.

Pero, además, Ramiro no incurre jamás en la puerilidad —indigna de él— de su maestro. No se siente desencantado, ni se retira de la lucha, ni aún cuando —por no calar en la inmensa valía de José Antonio; creyendo que éste, por «señorito», no podría ser el Jefe de la Revolución Nacional Sindicalista— ve frustrados sus esfuerzos para deshacer la fusión entre la Falange y las J.O.N.S. y se queda solo. Continúa peleando con tozudez magnífica —es justo reconocerlo así, aún cuando su disidencia sea uno de los episodios más dolorosos de la breve y agitada historia falangista— y no cesa en su empeño sino cuando le alcanza la muerte, afrontada por él con reciedumbre inolvidable.

* * *

¿Por qué salta Ramiro de la Filosofía a la Política? En realidad este paso, que a algún observador superficial puede parecer insólito y descabellado, no es sino consecuencia que se desprende necesariamente del recto planteamiento del problema. Todo el que conozca la Historia de la Filosofía, siquiera del modo más leve, sabe que no pocas de sus figuras cumbres han actuado directamente en política —empezando por el divino Platón y por el gigante Aristóteles, quienes se vieron expuestos a riesgos físicos auténticos como consecuencia de esa actuación— o, al menos, han meditado por extenso sobre temas concernientes a la política.

En la época actual, en la que los problemas relativos al hombre han alcanzado calidades de trágica agudeza —mero reflejo de ello es el concepto existencialista de «angustia» tan de moda estos últimos años—, todo filósofo tiene que enfrentarse por fuerza con los fundamentos teóricos en que reposa la estructura social, para tratar de inquirir las causas

del desequilibrio que la pone en peligro de derrumbamiento. Pero, como el filósofo no es sino un hombre más y, por tanto, se encuentra envuelto en las mismas amenazas, ha de sentirse doblemente urgido —si descubre o cree descubrir los porqués de la crisis— en la inmediata y directa aplicación de las provisiones que el juzga indispensables. He aquí indudablemente la explicación de ese fenómeno tan frecuente hoy de los filósofos metidos a políticos o, al menos, a consejeros políticos.

¿Debe ser esto así? ¿Es conveniente que un intelectual formado en la consideración de las especulaciones más etéreas se lance un buen día a imponer a sus conciudadanos unas cuantas normas destinadas a orientar el concretísimo y diario menester de vivir? Esta misma pregunta fue ya contestada de modo cumplido en el citado «Homenaje y reproche» de José Antonio a Ortega. Allí se dice —y conste que lo transcribimos no por el simple hecho de que él lo dijera, sino por estar poseídos de que es acertada su opinión, pues estamos seguros de que nada indignaría tanto a José Antonio como el ver sus palabras repetidas beatamente— que la política no es función específica del intelectual, basando tal afirmación en que la nota que diferencia radicalmente ambas actividades es que el intelectual tiene siempre derecho a revisar sus propias conclusiones, mientras que el político está obligado a acertar en cada minuto justo con la irreemplazable decisión que exige la situación histórica en que está inmerso. Esto explica el fracaso en política de aquellos intelectuales que intentan aplicar en esta trepidante actividad los supuestos y condiciones sólo dables en la soledad serena del laboratorio o la biblioteca. Así pues, no quiere decirse que ningún intelectual pueda ser político —está claro que el político ha de poseer dotes intelectuales de primer orden—, sino que fracasará indefectiblemente todo intelectual que, al pasar a la política, no sepa desprenderse del bagaje de hábitos que hasta entonces informaron su actuación en cuanto tal intelectual.

En el caso de Ramiro Ledesma no hay duda de que su etapa filosófica fue de preparación, de tránsito, hacia la política. Su llegada a ésta es la desembocadura natural por la que estaba clamando la constitución misma de Ramiro, enormemente dotada de energías inagotables. Santiago Montero Díaz —en su fervoroso prólogo al libro que ha motivado estas líneas— nos hace ver la evolución consecuente de Ledesma desde la literatura a la política, pasando por la filosofía, como una búsqueda de horizontes en que poder realizar, cada vez más plenamente, todas sus potencialidades. Pero aún así, estimando que la filosofía no es en Ramiro sino camino hacia otra meta, no sabe dudar de la capital importancia que el rigor de la formación filosófica tuvo para su ulterior creación en lo político. Y no deja de ser un serio aviso, para quienes motejan de inútil a la filosofía, el considerar que el iniciador del movimiento jonsista, el hombre que primero acertó a vislumbrar la fórmula que —aunando la solución sindicalista para los problemas sociales y económicos con un fuerte sentido integrador en lo nacional— representa la máxima posibilidad de salvación para los supremos valores de una civilización amenazada, se dedicaba, allá por los años inmediatamente anteriores a la República, al estudio crítico de los libros de Hartmann, Heidegger o Scheler.

* * *

Esto de la inutilidad de la filosofía nos ha recordado siempre el cuento de aquel león que, habiendo encontrado en el desierto el lienzo abandonado en que un pintor plasmara con exacto verismo la silueta delicadamente esbelta de una gacela, comentaba meneando despectivamente sus melenas: «Sí, estará muy bien, pero no se puede comer».

Quisiéramos ahora brevemente, para terminar, dedicar unas cuantas líneas a quienes se sitúan ante la filosofía en la misma disposición de voracidad frustrada que el león del cuento frente a la pintura de la gacela.

En primer lugar concederemos que, si sólo se llama «útil» aquello que sirve para resolver las urgencias más inmediatas —comida, vestido, habitación—, la filosofía no es, desde luego, «útil». Pero, con poco rato que se dedique a pensar sobre ello, uno empieza a darse cuenta de que la vida humana es algo infinitamente más rico que la mera satisfacción de esas necesidades o de otras por el estilo; se descubre que el hombre es un extraño ser que

se distingue de los demás animales, entre otras pocas cosas, precisamente por tener la inexplicable afición a hacer esas obras «inútiles» que se llaman: Poesía, Astronomía, Música, Entomología, Metafísica... Y, en cuanto uno trata de aclarar cómo es que ya no es demasiado frecuente encontrar hombres que coman la carne cruda del ciervo recién matado, que se cubran con pieles de oso y que se guarezcan en cavernas adornadas de estalactitas, en cuanto intenta uno saber por donde se ha llegado al grado de desarrollo técnico actual —de que tan orgulloso suele mostrarse precisamente aquél que más desdeña los saberes «inútiles»—, se tropieza con que nada de ello sería posible si, por espacio de muchas generaciones, unos cuantos hombres no se hubieran dedicado «inútilmente», entre el desprecio de sus coetáneos, a averiguar el por qué de las cosas.

Pero además, y esto es lo que, de momento, más nos interesa, uno se percata de que los hombres necesitan vivir agrupados para ayudarse entre sí y de que es preciso que de alguna manera se regulen las relaciones surgidas en tales agrupamientos. De ahí nace la política. Ahora bien, cualquier política necesita ineludiblemente de una concepción teórica acerca de lo que son realmente el hombre y la sociedad y acerca de lo que debieran ser. Y ¿quién si no la filosofía puede suministrar las bases necesarias para enfrentarse con tamañas cuestiones? Puede consultarse la Historia: todos y cada uno de los sistemas políticos, hasta ahora ensayados, para regir la Humanidad poseen una base, más o menos firme, pero base al fin, de especulación filosófica.

En lo que a nosotros concierne, el pensamiento falangista tiene asimismo un basamento de tal naturaleza. Pero está apenas explicitado. No se ha intentado aún una explicación seria de las ideas germinales del Nacionalindicalismo. Está por hacer la delimitación de contornos de la gran concepción del hombre y de la comunidad desde el punto de vista de la Falange.

Por ello, es preciso que tal faena se haga carne en cada uno de los hombres falangistas que se sienten vocados al cultivo «inútil» de la filosofía, que alguna Sección de nuestros ya numerosos Seminarios se dedique a investigaciones rigurosas en torno, a tan áridos problemas. No es cuestión de poco esfuerzo ni de corta duración. Pero hay que tener presente que solo cuando la doctrina falangista alcance su construcción filosófica acabada, obtendrá resonancia universal, porque podrá trascender la específica circunstancia espacio-temporal que la reduce actualmente a las fronteras geográficas de España. Puede ocurrir que si se alcanzare tal logro, algunos adviertan la modesta pero imprescindible «utilidad» de la filosofía. Porque entonces el mundo se habrá salvado.

[Artículo extraído de *Mandos*, revista general del Frente de Juventudes, núm. 153, octubre de 1954, p. 629 - 634]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 25